

JACINTO RIGAUD.



Jacinto Rigaud, según su retrato hecho por él mismo.—Dibujo de Chevignard.

Jacinto Rigaud nació en Perpiñan, el 20 de julio de 1659. Tenía ocho años cuando perdió á su padre; pero siendo hijo y nieto de pintores, había ya podido aficionarse á su arte con los ejemplos que á la vista tenía. Cuando tuvo catorce años, lo envió la madre á Montpellier, donde entró en el taller de un artista llamado Pezet, el cual permaneció oscuro.

SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 4.

ro. Por aquel tiempo conoció á Ranc, hábil retratista, (padre de Juan Ranc, á quien después tuvo por discípulo y que casó con su sobrina), y sus consejos le fueron mas provechosos que las lecciones de su maestro. En 1681 pasó á París, después de haber estado algun tiempo en Lyon; asistió á los cursos de la Academia, y al cabo de un año ganó el premio de pintura.

El asunto del concurso era *Cain construyendo la ciudad de Enoc*. Rigaud se dedicaba á la pintura histórica; mas ya sin advertirlo y mientras estaba muy lleno de una ambicion diferente, su talento se fijaba en el género á que debía consagrar su vida y donde halló su gloria. Desde 1681 á 1682, esto es, en la época misma en que cursaba sus estudios académicos, hizo treinta y tres retratos. Lebrun, cuya autoridad era entonces omnipotente en las artes, vió el de Lafosse, su discípulo, y aconsejó al jóven pintor que renunciara la pension de Roma para seguir su vocacion manifiesta. Rigaud no fué á Roma. Muy pronto se halló tan lleno de ocupaciones, que en lo sucesivo no pudo volver sino á ratos á la pintura religiosa ó histórica. Apenas hizo tres ó cuatro cuadros en este género, entre los cuales el mas importante es la *Presentacion en el templo*, del Museo del Louvre, que concluyó al final de su vida.

Ranc, que fué el verdadero maestro de Rigaud, habia tomado á Van-Dyck por modelo, cuya admiracion inspiró á su discípulo. Refieren que Rigaud, cuando habia llegado á toda su reputacion volvió á ver el retrato de un joyero llamado Materon, que habia pintado al comienzo de su carrera. Este retrato se lo presentó el nieto del joyero, quien queria cerciorarse de que era de su mano. Rigaud conoció su trabajo. «La cabeza, dice, podria ser de Van-Dyck, pero el vestido no es digno de Rigaud, y quiero volverlo á pintar gratuitamente.» Esta espresion muestra bien adonde se encaminaban sus miras; pero al mismo tiempo prueba que quizás no tenia una idea justa del mérito del gran artista á quien se proponia imitar. ¿No era una estremada confianza pretender igualarlo en el arte de pintar cabezas? Aun cuando en las biografías no falte quien dé á Rigaud el sobrenombre de *Van-Dick francés*, la suprema recompensa que él hubiese ambicionado, no llegó ni á la distincion ni á la delicadeza del pintor flamenco; es menos sencillo y menos maestro, porque con mayores esfuerzos para variar el carácter de sus retratos, y dar á conocer en la actitud y en todo exterior de los personajes lo que quiere manifestar de sus hábitos é ideas, los hace conocer menos profundamente y no evita la monotonia. El arte no se borra en sus obras, como en las de Van-Dyck. Los ropajes, en los que se lisonjaba de superarlo, los muchos accesorios, escelerentemente pintados, que colocaba alrededor de sus modelos y que han contado entre sus principales titulos para la admiracion de sus contemporáneos nos parecen hoy demasiado llamativos para desviar la atencion que deberia dirigirse toda sobre la fisonomia. Mas ¡qué verdad no hay en todos los pormenores y qué unidad en el conjunto! ¡Qué flexibilidad y que firmeza de pincel! ¡Cuánto abunda allí la vida! ¡Qué frescura en las carnes! Las cualidades de Rigaud son de las que hacen vivir las obras de un pintor mucho tiempo después de haber caído la forma que se adhiere aun á sus faltas: estas pasaban por cualidades de su tiempo en aquella pomposa corte de Luis XIV, cuyos personajes se colocan y se atavian sobre sus lienzos muy majestuosamente.

Su facilidad era estremada, y podemos formarnos una idea por la prontitud con que en una visita á la Trapa, cogió la fisonomia del abad de Rancé. Fué llevado allí por el duque

de San-Simon, amigo de Rancé, que inútilmente le habia rogado á éste se dejara retratar. Rigaud iba vestido de oficial, y lo recibieron sin desconfianza. «Se halló en la primera conversacion y en la primera entrevista; habló poco, mas habiendo mirado y examinado mucho, salió poco tiempo después..... y hallándose en su cuarto donde tenia preparado un lienzo..... hizo un boceto que nos sorprendió á todos..... A los dos dias, habiendo hecho una segunda visita parecida á la primera, se confirmó en una semejanza tan fiel, que no tuvo ya que hacer nada»..... San-Simon ha referido el mismo esta anécdota en sus Memorias, donde es fácil verla (1). La carta poco conocida, cuyo extracto (2) acabamos de leer, escrita por el secretario del abad de la Trapa, confirma la exactitud de todos los pormenores.

La enumeracion de las obras de Rigaud, ó solamente de las principales, seria demasiado larga para sentarla aqui. Segun un fragmento conservado del registro donde inscribia las personas á quienes pintaba, se ve que hizo al año de treinta á cuarenta retratos. Casi todos estos son de hombres, porque no le gustaba pintar mujeres: «Si las hago, decia, tales como son, no se encontrarán bastante bonitas; y si las lisonjeo demasiado, no se parecerán.» Al lado de grandes retratos tales como los de Luis XIV y de Bossuet (en el Museo del Louvre), hizo otros mas sencillos, de busto ó de medio cuerpo, especialmente de varios artistas, y escritores amigos suyos, los que en la actualidad se cuentan entre los mejores. De este número son los de él mismo, y los de su mujer y su madre.

En 1605 fué al Rosellon, únicamente para volver á ver á su madre y traer su retrato. Su piedad filial nos ha valido una obra maestra. Con arreglo al retrato que conservó siempre en su gabinete, hizo ejecutar un busto en mármol por Coysevox; lo hizo tambien grabar por Pedro Drevet; y mas adelante, á fin de asegurar la conservacion y garantir la autenticidad, lo regaló á la Academia de pintura. Los retratos de su mujer, Isabel de Gouy, no son menos notables. La manera con que la conoció es singular. Hallándose cierto dia en Perpiñan lo mandaron llamar de una casa donde necesitaban un pintor, pero un pintor que diese color al pavimento. La equivocacion le pareció graciosa. Se presentó á esta invitacion magníficamente vestido, como de costumbre, y lo recibió una señora jóven, muy linda, la cual le dió mil excusas, y le hizo pintar su retrato. En proporcion que se fueron conociendo mejor, se gustaron mas el uno al otro, y acabaron por casarse.

La ciudad de Perpiñan, agradecida hacia el artista que la honraba con su talento, usó en su favor el privilegio que disfrutaba desde 1449, de nombrar todos los años un noble. Este titulo de nobleza local fué confirmado por el rey en términos muy honoríficos. Rigaud era de la Academia de pintura desde 1700; pero habia sido recibido como pintor de historia, no sin dificultad, después de haber pintado una *Natividad* que no hace sentir que no haya producido mas obras del mismo género. En 1723 Luis XV le nombró caballero de la orden de San Miguel. Pagaban muy caros sus retratos, y su caudal era considerable; pero segun parece, fué una de las victimas del sistema de Law. En 1727, mientras que hacia el retrato de Luis XV, el rey le preguntó si estaba casado. «Soy casado, contestó Rigaud, pero, gracias á Dios, no tengo hijos.» Sorprendido el rey con ta-

(1) Tomo I, pág. 382.

(2) Está citada por su poseedor M. Feuillet de Conches, en sus *Conversaciones de un curioso*, tomo I, pág. 337.

les palabras, le pidió la explicación. «Señor, dice, es que mis hijos no tendrían con que vivir, heredando V. M. todo lo que he podido ganar con mi pincel.»—«Hicieron con Rigaud lo que no se había hecho con nadie; añade el abate de Fontenay que refiere este pormenor (1); le conservaron, á pesar del rigor del *visto bueno*, la misma renta que tenía sobre la municipalidad, con la diferencia de que sus rentas perpétuas antes, fueron convertidas en vitalicias por su vida y por la de su mujer.»

En 1742 perdió á esta, con lo que tuvo un violento pesar; apoderóse de él una calentura que no lo dejó. Cuando volvió á entrar en la habitación donde su mujer había muerto, exclamó: «¡Ah! muy en breve voy á acompañarte.» En efecto, se metió en la cama y falleció el 27 de diciembre de 1743, á la edad de 84 años.

EL ASEDIO DE MADRID.

SEGUNDA PARTE DEL BODEGON DE LA CADENA (2).

(TRADICION MADRILEÑA).

(Conclusion.)

IV.

Cuando llegó á este sitio ya el campo enemigo se movía con intención manifiesta de asaltar el muro. Muchas compañías de peones provistas de largas escalas, marchaban apoyadas por numerosos cuerpos de caballos cubiertos de hierro que desembarazasen toda la campaña: las bastidas y otros ingenios de guerra montados sobre fuertes ruedas de hierro y madera, se aproximaban lentamente á impulso de los obreros encargados de su manejo; unas coronadas de los más diestros archeros habían de difundir con sus saetas incendiarias el espanto y la destrucción, tanto en el pueblo como entre sus defensores; otras colocadas á distancia conveniente arrojarían sobre las murallas sus largos puentes levadizos facilitando paso á los invasores.

Sin acobardarse el adalid madrileño hizo salir la mayor parte de las fuerzas de su mando por la puerta de Guadalajara, formándolas en haz al frente del enemigo, apoyando el flanco izquierdo en el torrentoso arroyo de Matalobos y el derecho en los espesos olivares, caseríos y enrisgadas eminencias próximas á la ermita de San Sebastian. La primera línea con una rodilla en tierra, sostenidas las picas en posición diagonal, el cuenco fijo en el suelo y los escudos aferados uno en otro, á usanza de la antigua falange macedónica, esperaba la embestida de los hombres de armas de Duguesclin. La segunda en pie, cubriendo con sus lanzas la cabeza de los más delanteros, amenazaría especialmente el pecho del atrevido caballero puesto al alcance de aquella animada trinchera erizada de agudas puntas: á retaguardia los ballesteros y honderos protegerían con sus tiros á las dos líneas anteriores.

El señor de Luzon mandaba el cuerpo de batalla. Vargas con una tropa de escuderos á la jineta quedó en reserva sobre un ribazo para dar órdenes y acudir donde fuese necesario.

Un sangriento episodio precedió al choque de ambos

ejércitos. Dos compañías bretonas de las asoldadas por don Enrique, se habían apoderado la noche anterior, dirigidas por algunos aldeanos conocedores del país, de un santuario dedicado á San Onofre en el camino de Fuencarral. No era posible que caudillo tan inteligente como Hernán-Sánchez permitiese al enemigo alojarse tranquilo en una posición casi tocando á las defensas de la plaza. Así que determinó enviar contra ella algunas tropas ligeras que se apoderaron del edificio con muerte ó prisión de los defensores, incendiándole y degollando sin piedad á los villanos confidentes de los extranjeros.

El terreno que separaba á una y otra hueste iba desapareciendo bajo los pies de los enriqueños; ya se percibía claramente el tañido de los timbales y trompetas, el relinchar de los caballos y las voces de mando de los jefes de las compañías blancas: los madrileños por su lado firmes ante el peligro, hacían resonar el aire con el estruendo de sus atabales y tambores.

—Ea, sus, gritaba Vargas con voz terrible, recorriendo las filas enarbolado el pendón blanco con el oso prieto; valientes del Salado, de Algeciras y Gibraltar, hoy es el día que ha de admirar el mundo lo mucho que sabemos hacer de nuestras personas, llevando la preza de la batalla contra esos malandrines desaforados que de lueñes comarcas han venido á ejercer en esta hidalga tierra las demasías á que están acostumbrados. Ilustres varones y hombres buenos de la villa y arrabales, he ahí al enemigo; fementido sea quien ej rostro vuelva; esgrimid esforzados vuestras armas y huyan lejos de nosotros esas cuadrillas de aventureros al apellido de ¡Nuestra Señora y Madrid!

—Breña y Duguesclin, se oyó contestar de la opuesta banda á los escuadrones enemigos, cerrando al mismo tiempo con los aperebidos madrileños, que los recibieron en sus lanzas sin cejar una pulgada, sembrando el terreno de jinetes y caballos. Pero á aquella embestida siguió otra y otras sucesivamente; nuevas compañías de frescos reemplazaban á las rechazadas por unos hombres cansados de pelear, conociéndose al cabo de rato que serían menester grandes esfuerzos de valor por parte de los sitiados para contrarrestar la desigualdad del número.

Ya la infantería de Trastámara había logrado rebasar el ala derecha de los parciales de don Pedro, á pesar de las grandes pérdidas que le costó la empresa. En vano un intrépido caballero que defendía cierta torre, llave de la posición, luchó hasta perder el último hombre. Él mismo cubierto de heridas fué conducido prisionero á presencia del pretendiente á la corona, que admirando su valor quiso hacerle mercedes.

—Guarda tus dones, respondió, para los asalariados que te acompañan, que yo solo del rey de Castilla he de recibir premio y recompensa.

—Tu contestación merecía la muerte, repuso el conde, mas soy aficionado á los valientes y te otorgo la vida.

—No quiero vida sin honra, y me juzgaré afrentado desde el punto que deba la existencia á un traidor mal nacido como tú eres.

Poco rato después era ahorcado este indómito defensor del monarca legítimo, y la memoria de su lealtad dura aun consignada en una calle, que con el nombre de la Torrecilla del Leal se formó posteriormente en el paraje donde existía la pequeña fortaleza que defendió con tanto heroísmo.

También por el ala izquierda se había peleado con encarnizamiento, aunque con mejor éxito para la causa madrileña. Un considerable cuerpo de caballería bretona, á fuerza

(1) *Diccionario de los pintores.*

(2) Véase el número anterior.

de constancia y despreciando la granizada de saetas con que los ballesteros diezaban sus filas parapetados en los árboles y asperezas de la ribera, consiguió atravesar el torrente presentándose ante la puerta de Santo Domingo (1) con ánimo de penetrar en las calles. El abad de San Martín hizo franquearles el paso, y cuando ya internados en la población contaban asegurado el triunfo, multitud de combatientes que se agolpaban por todas partes animados con el sonido de las cornetas y bocinas, cargaron sobre ellos con tal furor que no les quedó arbitrio entre rendirse á discreción ó perecer al filo de la espada.

En tanto ocurrían estos sucesos, un escudero de Vargas llegaba al baluarte de Matalobos, y en nombre del adalid ordenaba al capitán Garcí-Ramírez procurase llamar todo lo posible la atención del enemigo, interin Hernán-Sánchez hacía un esfuerzo supremo para restablecer la fortuna, harto contraria en el otro extremo.

Apenas recibida la orden por el jóven y contestado al mensajero dándole cuenta de sus proyectos para inteligencia del cautillo, hizo preparar mil hombres determinados y con ellos se entró por las bocas de tres anchas minas que se abrían cabe los estribos del puente (2) yendo á salir hácia las casas de Maudes, á espaldas de los pabellones coaligados. ¡Tanta era la longitud de aquellas galerías subterráneas!

Inexplicable fué la sorpresa de las grandes guardias del campamento sitiador al ver asaltados sus atrincheramientos cuando y por donde menos podían esperar: el pasmo no dió lugar á la defensa, y los audaces agresores que parecían haber brotado del seno de la tierra, discurrían por todas partes incendiando las estancias y máquinas de batir, destruyendo los almacenes y difundiendo la muerte en el confuso tropel de fugitivos que ante ellos se precipitaban, arrojando las armas como embarazoso estorbo á su carrera.

Bien luego las densas columnas de humo que oscurecían la luz del sol, advirtieron á los dos ejércitos el desastre acontecido en las tiendas de don Enrique. Un grito de victoria se difundió por las filas de los madrileños, y penetrantes alaridos de rabia se dejaron oír entre sus adversarios, que ya llevaban lo mejor de la batalla. Las grandes compañías que solo guerreaban alentadas con la esperanza del botín, comenzaron á dispersarse temiendo perder el fruto de sus depredaciones depositado en los bagajes, si pronto no acudían á remediar el daño. Duguesclin mismo animado de igual temor, corrió á toda brida seguido de la mayor parte de sus hombres de armas, en dirección al destrozado campamento, dando con esto sobrado desahogo al adalid del concejo para tocar á recoger y retirarse en buen orden á la villa.

Imposible se hacía por momentos que la reducida tropa de Garcí-Ramírez no fuese despedazada á impulsos del formidable aluvión de caballos bardados que sobre ella venía. El choque era inevitable, y el camino subterráneo que había servido para la sorpresa imposible de tomar, teniendo en cuenta lo apremiante del riesgo y la facilidad con que una vez descubierto podrían los contrarios ocupar la salida. En tan crítico lance las filas se abren, los soldados se esparcen corriendo en todas direcciones, como las cuentas de un rosario desengarzado sobre una superficie lisa, y la pesada

caballería ultramontana sorprendida por aquella evolución, hallándose sin objeto en quien cebar su furia y hecha blanco de las ballestas enemigas, reconoce bien á su costa en la que juzgó desatentada fuga, un diestro movimiento de la terrible táctica peculiar de los españoles y tan fatal para los extranjeros en sus guerras de la Península, cuando por su mal han tratado de invadir este país.

Así retrocediendo y combatiendo siempre los compañeros de Ramírez, aprovechándose hábilmente de las desigualdades de un terreno sumamente accidentado para dañar á mansalva á sus perseguidores, sin cejar estos en el avance por mas intrepidez é inteligencia que empleaban aquellos para detenerlos, llegaron unos y otros al baluarte de Matalobos, donde ya no era posible sostener la bandera del soberano legítimo.

Colocado Garcí-Ramírez en la cabeza del puente protegido por algunos hombres determinados, el paso de los menos diligentes en buscar amparo detrás de los muros, creciendo su valor al compás que arreciaba el peligro, y sin duda hubiérase puesto en salvamento despues de guarecidos todos los suyos, si las lanzas enemigas hubieran tenido jefe menos ducho é intrépido que Duguesclin. Pero éste haciendo echar pié á tierra parte de su gente y formándola en cuña, se dirigió á forzar el paso mientras el resto de los escuadrones vadeaba el arroyo atajando la retirada de aquellos obstinados combatientes. Entonces un clamor de agonía y desesperación, aunque brioso y decidido, se alzó ronco y unánime del apiñado grupo castellano. ¡Madrid por don Pedro el Justiciero! gritaron arrojándose espada en mano sobre la columna de ataque mas inmediata, en el centro de la cual hallaron honrosa muerte los que como su valiente capitán no quedaron aprisionados.

V.

Desfigurado por la fatiga, cubierto de lodo, apesarado y confuso, se presentó el escudero Mendo la misma noche de la batalla á dar cuenta á Ivan-Ramírez del paradero de su hijo. Oídos con semblante sereno los pormenores del suceso, haciendo callar la emoción que ahogaba su pecho, rompió el silencio el inclito patricio preguntándole con voz entera:

—¿Ha dado García muestras de amilanamiento en algun lance de la pelea?

—Señor, se ha batido como bueno sin alterar un punto la color del rostro.

—Entonces, Dios proveerá. Vé á satisfacer la impaciencia de su madre, refiriéndola lo mismo que me has contado.

Al convento de Santo Domingo se dirigió el fiel servidor á desempeñar su penoso encargo, y puesto delante de las señoras acogidas, hizo de nuevo la dolorosa narración de los fatales acontecimientos del día. No encontró en este lugar oyentes mesurados como en el Alcázar: profundos sollozos, anhelantes interrogatorios, interrumpieron á menudo su discurso: cual exigía noticias de un esposo querido, otra del hermano, aquella de una persona amada. Calló por fin despues de largo rato, dando lugar á la esposa de Ivan, que así le dijo con sentido acento:

—¡Ah, Mendo, qué mala cuenta me das del hijo que te encomendé!

—He combatido durante todo el día sin apartarme de su lado. Cuando fué hecho prisionero yacía yo en tierra entre los pies de los caballos; de allí, no pudiendo hacer otra cosa, tuve la suerte de lograr deslizarme, aunque magullado,

(1) Sita donde ahora la plazuela de este nombre, hácia el principio de la que hoy es calle ancha de San Bernardo.

(2) Posteriormente se formó en este despoblado la actual calle, que conservó el nombre de las Minas en recuerdo de las mencionadas.

hasta los pretiles del puente, y arrojarme al agua para ser portador de las tristes nuevas que habeis oido.

—Está bien, fiel servidor, continuó la afligida madre, el dolor me hace ser injusta contigo: olvida mi querella y retírate á gozar del reposo que tanto necesitas.

Usando del permiso que se le otorgaba, abandonó la estancia el escudero, y tan distraído marchaba con su pensamiento, que no se apercibió que la linda Elvira de Vargas caminaba sobre su huella, hasta llegar á una retirada pieza poco transitada á la sazón. Detuvo el paso con respeto aguardando las órdenes de la doncella que afanosa le seguía, la cual sin dar lugar á incertidumbres, preguntó con ansiedad apenas se vió cerca de él:

—¿Sospechas que pueda correr algun peligro la vida de Garci-Ramirez?

—Temo, señora, que las compañías blancas que tantas pérdidas han sufrido en la batalla, traten de tomar venganza en los leales que han caído en su poder.

—¡Oh baldon, oh mengual! exclamó la jóven encendida por la cólera sus mejillas. ¿Y así te atreves á pronunciarlo sin proponer algun remedio para evitar tamaña desdicha? ¡Corazon pusilánime, procura conservar tu inútil vida á cambio de la vergüenza, que mientras tanto yo sola, débil y abandonada mujer, he de intentar á toda costa libertar á ese cumplido caballero!

—Callad por piedad, señora, que las afrentas de una dama matan como las heridas recibidas por la espalda, sin dejar lugar á la defensa. No será generosa intrepidez sino temeraria locura obstinarse en sacar á mi señor de poder de sus enemigos; pero, vive Dios, que ya con mi propio acero hubiera puesto fin á mis días, á no contenerme la esperanza de concluirlos mañana entre las espadas contrarias, donde hallaré la honra perdida, al paso que una muerte cierta, acometiendo esta aventura desesperada.

—Ahora reconozco en ti al digno escudero de García. Si con efecto estás decidido á salvar á tu dueño ó perecer, ven á esperarme á la puerta del convento antes de la alborada, y juntos daremos cima á la empresa ó correremos una misma suerte.

Inútiles fueron cuantas razones quiso Mendo oponer, asombrado de tan enérgica resolución; por su mismo honor tuvo que consentir en los deseos de la jóven, y en verdad que no podía esta escoger compañero mejor cortado para el caso. Criado desde pequeño en casa de Ivan, de quien recibía los auxilios necesarios para seguir la carrera eclesiástica á que se dedicaba, no habia conocido mas padres que sus señores, á quienes profesaba una fidelidad á toda prueba. Tan á propósito para revolver las páginas de los Sagrados Cánones como para embrazar un escudo y empuñar una lanza, astuto y ladino como legítimo madrileño, era de esperar saliese con su intento, siempre que no rayase en lo imposible.

Pero dejemos transcurrir algunos días, al cabo de los cuales lleguémonos por vía de paseo en los alrededores, hasta el tantas veces citado arroyo de Matalobos, en cuyo sitio hallaremos abundante materia en que ejercitar nuestra curiosidad.

No pasemos de su orilla derecha, donde se alza una casa solitaria en que yace prisionero Garci-Ramirez, vigilado por una guardia avanzada de las compañías blancas, á la puerta de cuyo edificio mueven los soldados grande algazara, entretenidos con dos aldeanos de diferente sexo, llegados allí á vender una carga de sandías y melones que en un asnillo conducian.

—Ea, nobles, caballeros, decia el labriego, hé aqui la mas regalada fruta de toda la comarca; vengan por ella, y no les empezca lo subido del precio, que á fé de qu en soy, me daré por bien pagado con lo que les cumpla ofrecirme, á trueque de ver satisfechos á los bizarros campeones de mi soberano don Enrique: mala landre consume al que su mal desee.

—Calla, le contestó uno de los soldados, chapurrando el castellano, que vas á poner blanco de rábía al moreno capitán que tenemos preso ahí dentro.

—¡Jesús, qué feo será! repuso la donosa lugareña, linda como una flor, haciendo el mohín mas hechicero para manifestar su repugnancia, nunca me han gustado los hombres morenos.

—¡Bien, bien dicho, paisanita, contestó el grueso sargento encargado del puesto, balanceando con la gracia de un espanta-pájaros su amazotada persona; yo soy muy blanco.

—Y rubio como unas candelas, añadió la muchacha.

—Sí, si, y colorado; furiosamente colorado, y además muy grande.

—Eso es lo que se llama un completo buen mozo. Tomad, seor galán, y refrescaos la boca á mi salud, dijo la moza alargándole uno de los melones.

—¡Oh, comed, señor de Escarbagnad, es cosa buena, aunque tiene bastante dura la pelleja, le aconsejaba su segundo tratando de hincar el diente á la fruta por la cáscara.

—Estará esquisita remojándola con vino, prosiguió el sargento; yo no habia comido nunca calabazas tan dulces, pero ya lo sé para otra vez.

—Vamos, gallardo oficial, continuó la aldeana, tengo mucho deseo de reirme de ese horrible prisionero ¿no podriais darme el gusto de verle? en vuestra compañía por supuesto.

—¡Oh! ¡oh! no es permitido.

—Pues qué, ¿á vosotros, las mejores lanzas de la cristiandad, os infundirá recelo la presencia de una mujer y un destripaterrones, mas torpe que murciélago al medio dia? porque mi hermano es tan malicioso que si él no viene no me dejará sola con un gentil-hombre como vos.

—¡Je! ¡je! Vos sois una gran picarilla, contestaba riendo el comandante, dejándose conducir al interior de la casa por el dulce impulso de la niña.

—Eh, muchacho, gritaba ésta, ven acá y trae una fruta de las podridas, que vamos á hacer rabiar con ella al preso.

Pronto llegaron al encierro de Garci-Ramirez, que asaz místico y pensativo se encontraba, cuando vino á sacarle de su distraimiento la inopinada presencia de Elvira y Mendo en la puerta de su prision, que abrió el sargento á fin de darles paso. Mucho dominio sobre sí mismo necesitó el caballero para no comprometer á los fingidos campesinos con alguna involuntaria muestra de asombro, al ver á sus amigos en tan desacostumbrado traje; mas á fuer de advertido comprendió al golpe, que bajo aquellas apariencias alguna estratagemata se ocultaba, á darle libertad enderezada, y aunque no concebía cuales medios pudieran haber adoptado para conseguirlo, determinó dejar correr los acontecimientos y apelear al disimulo echándola de enojado por las pullas y de-nuestos que los mentidos rústicos le dirigian, con gran solaz del soldado breton.

Así cambiando dimes y diretes entretuvieron un breve espacio, hasta que Mendo mostrando una gran sandia que bajo su gaban ocultaba, la presentó al jóven afectando una actitud gravemente burlesca, diciéndole al mismo tiempo

—*Sedulo frange peponem istum, et nemo videat* (1).

—¡Uf, uf! gruñó el sargento ¿qué has dicho?

—Alguna tontería de las muchas que acostumbra, repuso la muchacha; es sacristan en el lugar, y nos tiene estomagados con sus latines. Ea, vámonos, que está el burro abandonado y el señor oficial tendrá prisa. Mañana volveremos.

—Bien, bien, volved mañana, y yo tendré para ti un gran trozo de buey asado y mucho vino de lo bueno.

—¡Qué lástima, iba diciendo el escudero, marcharnos ahora cuando yo había empezado á echarle un conjuro por ver como contestaba!

—Anda, imbécil, anda, le apostrofaba el jefe empujándole por la espalda ¿crees tú que es algun monje para entender esa lengua?

Apenas García vió cerrada la puerta y por el ruido de los pasos conoció que sus visitantes se alejaban, mirando antes á uno y otro lado por escaso de precaucion, abalanzóse impaciente á reconocer el misterioso fruto, recomendado por su amigo en idioma ininteligible para el receloso guardador. Cogióle del rincón donde Mendo le arrojó como despreciado y advirtió lo primero que su parte superior estaba cortada circularmente formando una cubierta ó tapa que ajustaba sin dejar resquicio alguno, como si tal corte hubiera sufrido. Levantada esta dejábase registrar todo el interior de la sandia, hueco y vacío de su carne ó pulpa, conteniendo en la cavidad una escala de cuerda, una lima y un pergamino escrito en el que leyó Ramirez lo siguiente:

«Cuando tengais limados los hierros de una de las ventanas de vuestra prision que dan á espaldas de la casa, poned en ella un pañuelo blanco, en señal de que vais á aplicar la escala y descolzaos á la parte de afuera. Debajo de las rejas vigila constantemente un centinela; éste corre de mi cuenta. Nosotros, ocultos en los matorrales fronteros, estaremos en acecho todas las noches. Los enemigos hablan de levantar el cerco y en este caso su despecho será terrible. Valor, y acordaos que hay dos personas queridas dispuestas á morir con vos.»

Todo se verificó á medida del deseo. A los pocos dias cierta noche de octubre en que el huracan rugia desatado, apareció un lienzo blanco en un antepecho de la cárcel del capitán. En el instante se dejó sentir el ruido y movimiento que causaría entre las cambreras y hojarascas la marcha de uno de los muchos lobos ó raposos que acostumbraban venir á apagar su sed en el arroyo. Muy luego se advirtió como una sombra humana deslizarse en un pequeño claro que se formaba alrededor de la casa, y con dos ágiles y poderosos saltos arrojarle sobre el descuidado centinela, hundiéndole la daga en el cuello sin dejarle ni aun la facultad de articular un gemido. Al mismo tiempo otro bulto descolgándose de lo alto llegó al suelo y se echó en los brazos del ejecutor de aquel desafuero.

—¡Querido Mendo!

—Señor: doña Elvira nos espera impaciente, y tres caballos tenemos prevenidos, pues la entrada en la villa es imposible.

—Corramos á ganar la sierra de Guadarrama y de allí al reino de Galicia, donde nos incorporaremos con el rey don Pedro.

Allá llegaron felizmente y en la catedral de Compostela se dieron ambos amantes la mano de esposos, previo el con-

sentimiento paternal que de anterior fecha tenían concedido.

VI.

Todo era movimiento en los reales de don Enrique: las tiendas alzadas, las banderas recogidas, y los sitiadores pocos dias antes tan confiados en torno de la indómita villa, contemplándola ahora de lejos ávidamente, á semejanza del águila rampante á quien el deseo estimula y el temor impide abatirse sobre la presa codiciada, indicaba bien claramente la resolucion de levantar el cerco. Aunque dueño del terreno en el último combate, bien pudo el de Trastámara decir cual Pirro despues del triunfo de Heraclea: «Otra victoria como esta y me vuelvo sin un soldado.» En efecto, habian demostrado las tropas del condejo tal brio en acometer, tal constancia para resistir, y tanta pericia en sus movimientos, aun desplegados en campal batalla é inferiores en número, que no era dudoso vaticinar las terribles pérdidas que hombres tan determinados serian capaces de causar al imprudente contrario que fuese á hostigarlos al abrigo de sus muros. Por otra parte, urgíale mas al bastardo acudir á Sevilla, en la cual tenia numerosos parciales, á precipitar la retirada de su hermano, que no empeñarse en una empresa donde podrian tener fin desgraciado sus ambiciosos é injustos deseos.

Dictando estaba las últimas órdenes, y jinetes y peones aparejados en son de marcha solo aguardaban para emprenderla sin demora el anuncio de los marciales instrumentos, cuando vienen á manifestarle que una pobre anciana solicita con empeño ser admitida en su presencia.

Era el conde accesible en sumo grado y amigo de comunicarse con toda clase de personas, así que no bien escuchada la súplica fué introducida la infeliz mujer en el titulado alojamiento real, trémula, agitada al extremo de tener el de Trastámara que atender á tranquilizarla diciéndola con tono afable:

—Calmaos, honrada dueña; esponed vuestra cuita y decid pronto en que puedo ayudaros, pues estoy de prisa y el tiempo apremia.

—No vengo á pedir ayuda, que la desgracia me ha enseñado á pasarme sin la proteccion de los grandes de la tierra, vengo á prestaros un servicio cual no podrán alcanzar todas vuestras huestes y tesoros, contestó la vieja con acento lúgubre y cascajoso, ya repuesta de su turbación.

—¿Vienes, por ventura, repuso don Enrique en tono de chanza, á poner á mi servicio algun poderoso ensalmo ó exorcismo? porque de otro modo no comprendo como podrás realizar tus jactanciosas promesas: á pesar de esto no dejaré de escucharte. Habla sin temor, que no se hará esperar la recompensa si me dejas satisfecho.

—Solo á V. A. revelaré las cosas nunca pensadas que ocasionan mi presencia en este lugar.

Despejada la estancia y mano á mano la misteriosa vieja y el futuro monarca, comenzó aquella sus confidencias del modo siguiente:

—Me llaman la hilandera del arrabal de San Ginés, porque vivo del producto de mi rueca en una miserable casucha entre el postigo de San Martín y la puerta del Sol. Cerca de la pobre choza que habito, existe una olvidada comunicacion subterránea que conduce hasta el arroyo del Arenal, seco la mayor parte del año. Muchas veces, cuando el cierzo sopla desencadenado ó la lluvia caía á torrentes, me ha prestado dicha galería un abrigo que mi ruin habitacion no

(1) Abrid con cuidado esta sandia, sin que nadie os vea.

podía concederme; razón por la cual únicamente yo conozco todas sus ramificaciones. Ya comprendéis, señor, que una tropa determinada introduciéndose con cautela por este camino, conseguirá apoderarse de uno de los arrabales mas importantes y llegar de rebato, siguiendo la enjuta madre del barranco, hasta el pie del Alcázar por su parte menos defendida. Ahora solo resta que el joven bizarro aspirante a una corona, tenga suficiente atrevimiento para coger el triunfo que pone a su alcance la anciana desvalida, motejada con el epíteto de bruja.

—Estoy convencido de tu afecto a mi persona, pero dime ¿cómo has tardado tanto en hacerme una revelación de tal consecuencia?

—Porque esperaba diese vuestra gente el asalto y recrear mi vista en el destrozo de esos villanos parciales de don Pedro, a quien Dios maldiga.

—Después de oculto el sol acudiré a tu casa para que me guíes y a los míos por ese incógnito camino. ¿Fallecerá tu valor?

—Escoged animosos a los que os acompañen, que tendrán que serlo mucho si han de seguirme a donde yo los lleve.

Algo mas de media noche sería cuando el bastardo fué a llamar a la puerta de la hilandera que desvelada le esperaba, acompañado de un buen trozo de soldados, exploradores solamente de las numerosas compañías que ocultas en las inmediaciones aguardaban el aviso de estar los primeros posesionados de la mina para penetrar de golpe en el arrabal. Precedidos por la vieja, a quien el odio contra los madrileños parecía comunicar una actividad superior a sus años, llegaron a la entrada del estrecho pasadizo, donde sacando los hachones que llevaban apercibidos se prepararon a encenderlos para iluminar el camino.

—¿Qué vais a hacer? exclamó la confidente ¿no conocéis que el resplandor de las antorchas pondrá en alarma a los atalayeros que vigilan sobre el muro y todo está perdido? Quitad allá, que solo este candil que llevo preparado ha de ser la estrella que nos guíe.

Y poniéndose al frente de todos penetró en el callejón seguida de cerca por don Enrique y su escolta. Estaba el pasadizo labrado en zig-zas y a un lado y otro se abrían varios ramales que daban origen a otras comunicaciones, obstruidas y sin uso desde tiempo inmemorial, pero que formaban una red ó complicado laberinto, en el que fuera espuesto aventurarse sin práctica suma en sus revueltas y escondrijos. No sin gran dificultad iban internándose en el tortuoso pasaje, cuando repentinamente, al aproximarse a la salida, un golpe de viento mató la vacilante luz que les alumbraba sin haber medio de encenderla de nuevo. Desesperada era la situación para los enriqueños: retroceder sobre sus mismos pasos era imposible, engolfados como se hallaban en medio de las tinieblas en aquellas sinuosidades: para sorprender el arrabal eran pocos en número. Por otra parte ¿no podrían haber sido víctimas de una traición y hallarse encerrados sin recurso a merced de los parciales de don Pedro? En esta última idea acabaron de confirmarse al oír a la vieja balbucear con su voz cascada:

—Esperadme aquí sin moveros; voy a salir al arrabal donde encenderé el candil prestando que vengo fugitiva.

—No te moverás de mi lado, maldito vestigio, hasta que busques modo de sacarnos a salvo, le amenazó don Enrique poniendo la punta de su daga en el pecho de la anciana y haciéndola sentir el acero a través del jubón; nos has tendido un lazo infame, pero ha llegado tu última hora si no le deshaces por tí misma.

—Detente, príncipe arrebatado, exclamó la vieja, que estás maltratando a la persona que en toda Castilla se interesa mas por tu causa: soy la viuda del platero de Toledo que murió loco y hambriento, víctima inocente de las crueldades de tu hermano.

—¿Y madre del generoso joven que dió su vida en cambio de la del autor de sus días? continuó don Enrique.

—Yo soy esa desventurada.

—Entonces vé a encender tu luz, que aquí te aguardo sosegado.

No tuvo el de Trastámara motivo para arrepentirse de su resolución; a poco rato volvió la anciana con el candil encendido; los soldados se alojaron en la boca de la mina, acudieron los que estaban apercibidos, y todos juntos desembocaron en el barranco, de donde unos se dirigieron a posesionarse del arrabal y otros, capitaneados por el Bastardo, a sorprender el Alcázar. Hasta el puente levadizo, echado a la sazón, llegaron estos últimos, si bien no tan silenciosos que no fuesen sentidos por los vigilantes. Un recio y desesperado combate se empeñó entre los encargados de su custodia y las numerosas fuerzas enemigas, que, arrollando toda resistencia, amenazaban penetrar en el fuerte apoderándose de la puerta y escalando la escarpa. Pero allí apareció el nunca descuidado Ivan Ramirez, y reuniendo unos cuantos soldados animosos, coronó con varios de ellos las almenas, formando con los restantes una columna, puesto a cuyo frente se lanzó a arrojar a los contrarios al glacis de la fortaleza. A fuerza de valor consiguió desembarazar el puente, dejándole alzado al retirarse con los suyos, aunque cubierto de mortales heridas, confirmando su hidalguía con estas palabras pronunciadas poco antes de espirar:

—Decid al rey, que satisfago la deuda con él contraída devolviéndole la vida que me conservó junto al cubo de la Almudena.

En esto las tropas invasoras del arrabal de San Ginés, reforzadas con las que retrocedían del Alcázar, se ostentaban dueñas de esta parte del pueblo sin ser posible resistirlas. El usurpador enarboló la bandera real en la casa de la hilandera, desde donde envió a los madrileños parlamentarios ofreciéndoles ventajosas condiciones si se daban a partido; pero el concejo los despidió apercibidos de que en adelante, todo mensajero encargado de tratos en nombre del titulado soberano, sería recibido a saetazos.

Por fin, perdida la esperanza de quebrantar constancia tan inalterable, levantó el cerco don Enrique en 24 de octubre de 1366.

Cuando posteriormente llegó a ocupar el trono, dispuso que en la puerta de la casa de la hilandera, régimiente recompensada, se colgase un gran candil de plata, en memoria del servicio que le prestó el de la vieja en su expedición subterránea, del cual tomó su nombre la pequeña calle que allí se formó andando el tiempo, y aun existe en la actualidad.

Muerto don Pedro de Castilla a impulsos de un puñal fratricida, reconoció la villa de Madrid por monarca a su hermano y competidor, quien aunque al principio la privó de parte del territorio, siempre la tuvo en grande aprecio en consideración a su lealtad hacia el legítimo soberano, y residió largas temporadas dentro de sus muros.

DIONISIO CHAULIÉ.

LA AMÉRICA TAL CUAL ES.

(Continuacion.)

CAPITULO III.

NUEVA YORK.—SU HISTORIA.—FISONOMIA DE LA CIUDAD.—
EL CASTLE-GARDEN Y LOS EMIGRADOS.

El primer explorador europeo que desembarcó en la bahía de Nueva York fué Enrique Hudson; por tres veces diferentes había intentado descubrir el pasaje de N. O., donde desde aquella época, Franklin y tantos otros intrépidos navegantes han encontrado una muerte tan gloriosa como horrible. Desesperando abrirse un paso por entre las barreras de hielo de aquella parte muerta de nuestro globo terráqueo, Hudson abandonó la Inglaterra por la Holanda donde se puso al servicio de la compañía de las Indias Orientales.

Se contaba entonces la Holanda como la primera nación marítima del mundo. Sus bajeles, en número de veinte mil tripulados por cien mil marineros, eran los señores de todos los mares.

Entonces la Inglaterra no tenía, por decirlo así, ni marina, ni comercio, ni industria.

Al comparar hoy bajo este triple aspecto á la Holanda con la Inglaterra, tendremos una prueba mas, prueba terrible y espantosa de la inestabilidad de las cosas humanas.

Volvamos á Enrique Hudson.

El 3 de setiembre de 1609 se presenta á su asombrada vista la bahía de Nueva York, tan vasta, tan bella y tan segura. ¡Cuánta emoción debió causarle el descubrimiento de un nuevo mundo! Al avanzar lentamente y con prudencia su navio, Hudson con su antejo de larga vista, vió acudir la población india en masa que creyó en una visita de su dios en una canoa sin igual. Postráronse los naturales delante de la embarcación divina é hicieron resonar los aires con sus gritos, en los que la alegría se mezclaba al terror.

Habiendo descubierto sobre el puente del navio á Enrique Hudson de gran gala, con su uniforme colorado, etc., no dudaron que fuese el gran manitou, y pensaron desde entonces en prepararle una recepción digna de un dios.

Desembarcó Hudson, y adoráronle los indios durante algun tiempo, tratando á su persona como de ordinario trataban á todos sus manitous de madera y de piedra. El capitán se dejó pacientemente adorar, y para probarles despues sus miras pacíficas les hizo traer una barrica de aguardiente, que en breve fué absorbida por la población entera, hombres, mujeres, viejos y niños.

El feliz navegante inglés despues de haber explorado aquellas regiones, se hizo á la vela para Europa, á donde llegó sin accidente notable poco tiempo despues de su salida del río americano que ha conservado su nombre de Hudson-river.

La favorable relación que hizo en Holanda de su descubrimiento dió lugar á una expedición compuesta de dos navios que se hicieron á la vela en el corriente año de 1614, al mando de los capitanes Adrian Blok y Hendric Cristianse.

Bajo los auspicios de estos dos capitanes se construyeron las primeras habitaciones europeas sobre el recinto de Nueva York. Estas habitaciones no pasaron al principio de

cuatro protegidas por un reducto construido al año siguiente.

Llamaron á aquel pequeño grupo de casas la Nueva Amsterdam.

Durante los primeros tiempos no fué para los holandeses mas que un simple punto comercial y militar, cuyo único objeto era el tráfico de pieles.

Todo el mundo sabe en lo que se ha convertido en poquísimos años el modesto puerto de los holandeses, que es hoy una de las mas grandes, populosas y ricas ciudades del mundo. Si rápido é inmenso ha sido su engrandecimiento, Nueva York, tambien como todo lo que es grande y fuerte, no se ha elevado á tanta altura sin terribles luchas. Oprimida sucesivamente por gobiernos despóticos que obraban al impulso de reyes ingleses supersticiosos y tiranos: presa de intestinas disensiones: invadida por los franceses del Canadá, etc., etc., no ha tomado todo su vuelo sino con la libertad. Desde su independencia, data en efecto, su doble prosperidad moral y material, así como la de todas las ciudades de los Estados Unidos.

Lo que choca mas al desembarcar en la ciudad imperia (*empire city*) como con orgullo la llaman los americanos, es el movimiento comercial, que se manifiesta por una agitación febril en todos los habitantes *de la parte baja de la ciudad*.

En la parte baja de la ciudad, en efecto, se encuentran todos los depósitos de mercancías y *todos los oficios*, los que hacen sus transacciones comerciales los negociantes americanos.

¡Qué movimiento gran Dios! Parece que la ciudad entera se muda de un lado á otro. Parece una feria. Apenas se ha pisado cien minutos aquella ciudad de los negocios por excelencia, cuando esplica uno la asombrosa prosperidad de aquel pueblo eminentemente laborioso é industrial. El tiempo es dinero, dicen, y como lo que les importa es enriquecerse lo mas pronto posible, no pierden ni un minuto. En vano buscaría uno con la vista en Nueva York un hombre parado en el puerto, ó en las calles, porque allí no existen ni vagos ni pascantes, y se ve á niños de doce años serios y formales como diplomáticos en el ejercicio de sus importantes funciones, pagar ó recibir sumas considerables. Todo viajero es curioso, y con razón. Compréndese que al cambiar de hemisferio, que al pasar de la antigua civilización europea á la civilización apenas naciente del Nuevo Mundo, sea para ver y enterarse de cuanto choque á los ojos y á la imaginación. Así es, que cuando estaba todavía en el puente del buque me chocó una inmensa rotonda de un carácter muy original, cuyos muros bañaban las aguas del mar en la bahía, á la punta extrema de Nueva York, y pregunté á un empleado del puerto el nombre y el destino de aquella extraordinaria construcción.

—Esta construcción, me respondió, se llama Castle-Garden. Era en otro tiempo una fortaleza. La fortaleza se ha cambiado en palacio de la industria. El palacio de la industria en teatro lírico, el teatro lírico en salón de conciertos, el salón de conciertos en un sitio de desembarco señalado á los numerosos emigrados que vienen á Nueva York para dirigirse desde aquí al interior de la tierra.

—¿Con que el Castle-Garden es á estas horas un hotel? pregunté yo.

—No, señor, me respondió mi interlocutor. Es un establecimiento que pertenece á la ciudad, y en el que los emigrados reciben la hospitalidad enteramente gratis. Nueva York es el punto de desembarco de la mayor parte de los emigra-

dos. Por término medio llegan aquí doce mil al mes, ó sean ciento cuarenta y cuatro mil al año, sin contar los viajeros mas acomodados, que toman pasaje sobre los vapores, y que pueden valuarse en mil quinientos al mes. Las tres cuartas partes de emigrados que vienen á América son alemanes. La última cuarta parte es casi toda irlandesa. Los alemanes forman el mas precioso elemento de colonización para el O., hácia el que se dirigen casi todos. Con justos títulos se les aprecia por su sobriedad, por su amor al trabajo y por su excelente salud que resiste en cierta medida á las exalaciones del desmonte de los bosques y por su estabilidad.

Los alemanes que van á los Estados Unidos lo hacen con la resolución de hacerse naturalizar ciudadanos americanos, de vivir allí trabajando y de morir allí. Despidense todos con un eterno adiós de la madre patria, y la nostalgia que es la consunción del alma, no los ataca jamás. Verdad es que los alemanes emigran con su familia y con cuanto poseen. Es preciso saber que por hospitalaria que sea la América, ha prohibido, sin embargo, la entrada en su territorio á los emigrados que no justifican poseer suficientes recursos para los primeros gastos de mudanza é instalación en las tierras. A los emigrados convictos de indigencia, los despiden para su país por la mediación de sus cónsules respectivos.

—¡Ah! dijo sir James que había oído estas últimas palabras. Si el dinero no es una virtud humana, como no temen afirmar los moralistas, se le acerca tanto, que el mas hábil apreciador no podrá muchas veces determinar en un punto justo, la parte de estos dos elementos en la estimación de cada hombre á los ojos de la sociedad.

—Así, respondí yo riéndome, es siempre prudente tratar de merecer el aprecio de los hombres, uniendo á muchas virtudes el mas dinero posible.

—Antes que el ayuntamiento de Nueva York hubiese destinado el Castle-Garden para desembarco de los emigrados, es decir, desde 1855, me dijo el empleado que me daba estas noticias, los pobres alemanes eran víctimas de todos los tunantes y pillos de la ciudad, que los robaban á la hora y á la carrera. Daba lástima ver á aquellos pobres diablos, sin saber una palabra del idioma, perseguidos de ruegos y mentiras, y robados muchas veces hasta su último céntimo, y en su maleta, por esa categoría de bribones que llamamos aquí *runners*, y de que está infestada la parte baja de la ciudad. Gracias al Castle-Garden, que puede contener mas de diez mil personas, el emigrado pasa directamente desde el vapor que le ha traído de Europa al antiguo Castle-Garden. Declara su edad, su profesion, sus recursos pecuniarios y el paraje donde quiere ir á fijarse, etcétera. Todos estos datos se escriben en un registro. Despues, mientras aguarda que le dirijan á su destino, un médico certifica del estado de su salud, y le hace tomar un baño.

—Esta última operación, observé yo, debe agradar á los emigrados que vienen en los entrepuentes de los navíos como sardinas en banasta.

—No siempre, me dijo mi interlocutor. Mucho se ha celebrado en toda la ciudad, hace algunos meses, el terror de una vieja alemana, que se creyó perdida al quererla hacer tomar el baño de reglamento. La pobre mujer no se había bañado en la vida. Ello es que cuando oyó silbar el vapor en el caño y la mandaron desnudarse, dió espantosos gritos, llamando en su ayuda á todos los santos del paraíso. Púsose de rodillas, y suplicaba amargamente que la dejaran la vida. En vano se trató de hacerla entender que no se atentaba á sus días sino á su desaseo. Temblando de ter-

ror no oía ni entendía lo que la decían, y concluyó por reclamar la intervención del cónsul de su nación. Como puede vd. calcular, no se llamó al cónsul, y á la vieja se la metió á la fuerza en el tan temido baño.

—Inútil es, dijo sir James, á quien el mareo había devuelto todo el buen humor de que antes carecía, si esa mujer sabía nadar.

—Volviendo á los emigrados, continuó el empleado, permanecen dos días en Castle-Garden, en donde se les mantiene gratuitamente, y despues se les hace desocupar el local para otros.

—¡Vaya un desinterés ejemplar, digno de los antiguos patriarcas! dije yo.

—¡Oh! nuestros modernos patriarcas no valen lo que los antiguos, caballero, son menos sencillos y mas interesados. Para comprender perfectamente la naturaleza de la hospitalidad de la ciudad de Nueva York con los emigrados, es preciso saber todo lo que hay de profundo en el cálculo de los americanos, los mas grandes calculadores del mundo, y vd. lo sabrá bien pronto, cuando haya vivido entre ellos.

—¿Y cuál es su cálculo?

—El trabajo de cada emigrado está calculado: y los americanos aprecian por término medio en mil quinientos dólares el precio de cada uno.

—Muy bien, dijo con ironía sir James Clinton; ahora comprendo el filantrópico Castle-Garden, arrojado sobre la bahía como un enigma propuesto á la sabiduría de los recién llegados, que generalmente saben que los americanos no son hermanos de la caridad.

Sir James espresaba en sus apreciaciones sobre el pueblo americano, que no conocía todavía ese sentimiento de hostilidad, innato, por decirlo así, que los ingleses profesan á los americanos, y que estos les pagan con usura.

En este momento, habiendo sido registrados nuestros equipajes con la prontitud y celeridad que emplean en todo los americanos, saltamos al muelle. Echaron nuestras maletas y equipajes sobre la imperial de un enorme coche de diez plazas, que nos trasportó rápidamente al hotel de San Nicolás, costeando el Broadway.

CAPITULO IV.

EL HOTEL DE SAN NICOLÁS.

San Nicolás es uno de los mas bellos hoteles de la ciudad de Nueva York, que ciertamente encierra los mas hermosos establecimientos de este género del mundo entero, comprendidos el *Gran hotel del Louvre*, y el *Gran hotel de Paris*.

El aspecto exterior de San Nicolás es grandioso, sin que sea precisamente elegante; en cuanto al interior, realizaba la última palabra del lujo, aliado á la comodidad. Si hubiese en este hotel, como en la *Quinta Avenida* recientemente construida, ómnibus que suben y bajan, para bajar y subir á los diferentes pisos á los viajeros que quieren evitarse la pena de pasar por la grande escalera, no habiendo nada mas original que estos ómnibus, no dejaria que de-sear. El hotel de San Nicolás, construido en 1854, es todo entero de mármol blanco de Italia. Presenta una fachada de 300 pies sobre el Broadway. Esta magnífica mansion encierra seiscientos buenos cuartos, ricamente amueblados, iluminados con gas, adornados de alfombras y provistos cada uno de un hermoso receptáculo de mármol blanco con